

**Antonino Vidal Ortega, *Cartagena de Indias y la región histórica del Caribe, 1580-1640*, CSIC - Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Universidad de Sevilla, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2002, 323 p., ilustraciones.**

En la historiografía latinoamericana, los estudios regionales surgieron en los años setenta, tanto como respuesta a ópticas demasiado generalizadoras como a los excesos localistas.<sup>1</sup> Sin embargo, como señala Óscar Almario G., en una reciente reflexión sobre los estudios históricos regionales en Colombia, aunque de una u otra manera, virtualmente toda la investigación histórica que se produce en el país es “regional”, hay una ausencia preocupante de reflexiones teóricas y metodológicas

sobre el concepto de región, que ha conducido a un estancamiento de los estudios regionales.<sup>2</sup> En un conocido ensayo, el historiador norteamericano Erick Van Young advertía, hace tiempo, que sin una reflexión y una definición previa del concepto de región, no se estaría haciendo historia regional sino la historia de los procesos transcurridos dentro de unos límites territo-

---

<sup>1</sup> Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. El mercado interior. Regiones y espacio económico*, México, 1983; Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, México, Grijalbo, 1983, y *Economía, sociedad y regiones*, Buenos Aires, Ediciones La Flor, 1987; Erick Van Young (ed.), *Mexican regions: comparative history and development*, Center for U.S.-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1992.

---

<sup>2</sup> Óscar Almario García, “Comentario a la ponencia ‘Historia regional antioqueña’, de Beatriz Patiño Milán”, en: VV. AA, *Estudios regionales en Antioquia*, Medellín, Consorcio Estudios Regionales en Antioquia, Editorial Lealón, 2004. Especialmente, la región ha sido desplazada y atomizada en innumerables subregiones, definidas en función de criterios arbitrarios; por otra parte, se ha producido una dispersión temática -se habla de la región política, étnica o cultural- pero ello no ha contribuido a enriquecer los estudios regionales, dado que se ha reducido la explicación a una variable que excluye a las demás, impidiendo la complementariedad y la posibilidad de realizar estudios comparativos.

riales determinados aleatoriamente por un autor.<sup>3</sup> El libro de Antonino Vidal, *Cartagena de Indias y la región histórica del Caribe, 1580-1640*, representa un esfuerzo de reflexión acerca de los alcances de la historia regional y la formación histórica de la región caribeña.

Vidal toma a Cartagena como eje en torno al cual confluyeron diversas redes comerciales, mediante las que se fue formando un espacio económico regional y surgió una sociedad particular, cuya complejidad étnica, política y cultural se propone analizar. Uno de sus objetivos es cuestionar algunas interpretaciones derivadas de una historiografía dedicada a justificar una identidad nacional y un Estado surgido a principios del siglo XIX; historiografía que, considera, eludió la necesidad de comprender las relaciones económicas y culturales que, entre 1560 y 1640, configuraron una región cuya amplitud no se ajusta a las definiciones impuestas por las fronteras nacionales.

El trabajo ha sido abordado desde un análisis -tan minucioso como se lo permitieron las escasas fuentes primarias disponibles para el periodo, la mayor parte del Archivo General de Indias de Sevilla- de la formación y el

desarrollo de un espacio económico por medio de complejas redes mercantiles que pusieron en contacto a América y Europa, así como las diferentes áreas de la cuenca del Caribe entre sí. En este entramado de relaciones mercantiles, Cartagena de Indias pasó de ser una mínima factoría marginal -“un miserable poblado de bohíos de palma y bahareque levantado en mitad de un manglar insalubre”- a convertirse en un dinámico emporio comercial. Desde sus inicios hasta que alcanzó la condición de principal puerto del Caribe, la ciudad vio cómo se hacían cada día más complejos tanto su entramado económico como su panorama social. En el conjunto de la obra se percibe que el autor se ha esforzado por articular los aspectos económicos y socioculturales, de modo que el lector pueda entender que la ciudad y la región a ella vinculada fueron resultado de relaciones económicas, sociales y culturales.

El libro se divide en seis capítulos. En el primero se muestra cómo se formó desde principios del siglo XVI el dinámico espacio regional caribeño, en el que Cartagena inicialmente fue una más entre varias factorías comerciales de un conjunto cuyo epicentro se situaba en las grandes Antillas. En la medida que Tierra Firme fue sustituyendo a La Española como base de operaciones de las compañías que realizaban sus actividades en la región, Cartagena se fue convirtiendo en uno de los lugares más concurridos.

Por entonces, las redes comerciales del Caribe se establecían mediante

---

<sup>3</sup> Eric Van Young, “La historia rural mexicana desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial”, en: *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, Alianza Editorial, México, 1992, pp. 125-198.

navíos sueltos que no respondían a un sistema regular de comunicaciones; centenares de embarcaciones cruzaban el Caribe en todas direcciones, sin rutas preestablecidas ni territorios prohibidos. En 1564, la monarquía española terminó de formalizar un sistema para tratar de regular este trasiego y asegurar el monopolio comercial. A partir de entonces, el comercio legal quedó circunscrito al sistema de flotas y galeones que tendrían por objetivo los puertos-ferias de Panamá y Veracruz. Sin embargo, las flotas dirigidas a Nombre de Dios y Portobello utilizaron la bahía de Cartagena para protegerse de las inclemencias meteorológicas y de los frecuentes ataques piráticos y, por otra parte, la producción minera del Nuevo Reino de Granada y otras gobernaciones tuvo en el puerto su principal punto de salida. Este cúmulo de circunstancias hizo que Cartagena desarrollara una feria propia, paralela a la oficial, pasando de ser una factoría comercial a convertirse en el gran puerto colector de metales preciosos tanto de Perú como de la Nueva Granada, que desplazaría definitivamente a La Española como eje articulador del espacio económico del Caribe. Este cambio en el sistema regional se consolidó cuando, en 1580, Cartagena fue designada -junto a Veracruz- como único puerto autorizado para la introducción de esclavos.

Vidal muestra, además, cómo el comercio regional, que pivotaba alrededor del eje Cartagena-Itsmo, se consolidó y adquirió autonomía respecto al

sistema oficial de las flotas. Ello explica que, mientras el comercio trasatlántico se estancaba y entraba en recesión en las décadas de 1620-1630, la actividad comercial cartagenera alcanzara sus máximos históricos: la mayor parte de la plata registrada por entonces en el puerto, financiaba la compra de esclavos dirigidos hacia Perú y otras regiones. Según el autor, la condición de Cartagena como factoría esclavista le permitió sortear el declive que afectaba al conjunto del comercio legal trasatlántico. Frecuentemente se han tratado de analizar los ciclos económicos del puerto caribeño en relación con los ciclos mineros de la Nueva Granada, que vivieron una fase depresiva entre 1620 y 1680, relegando a un segundo plano las relaciones de Cartagena con otras áreas como Perú, Centroamérica o la Nueva España. Basándose en los registros de Contaduría del Archivo General de Indias, el autor pone en cuestión dichas explicaciones, pues muestra que, mientras se iniciaba la fase de recesión en la minería neogranadina, el volumen de esclavos y plata que circulaba por el puerto siguió creciendo hasta, al menos, 1640, cuando tras la expulsión de los portugueses de la ciudad se reestructuraron las redes comerciales vinculadas a la trata negrera y la ciudad vivió una transición hacia una coyuntura depresiva. Hasta entonces, Cartagena, vinculada a un espacio económico caribeño, no sufrió los síntomas de la crisis minera que afectó al interior, y su comercio buscó estrategias adaptativas: la plata peruana sustituyó al oro neogranadino.

Paralelamente se afianzó el comercio extralegal: el contrabando, más que un episodio, se convirtió en un fenómeno estructural. Vidal describe los mecanismos utilizados para burlar los controles oficiales y eludir los cada vez más costosos impuestos, así como las condiciones socioculturales de su funcionamiento. “Cartagena era una ciudad en la que todo el mundo vivía por y para el comercio”; y el comercio ilegal formó parte de la cotidianidad en la que se veían involucrados todos los sectores sociales. Como la transgresión cotidiana de la norma era aceptada tácitamente por todos, el disimulo -según el autor- se convirtió en principio rector de la sociabilidad, sin que ello implicara ausencia de compromiso político con la Corona o rechazo abierto al sistema del monopolio colonial, como trata de mostrar a través de numerosos informes y visitas de gobernadores y jueces de residencia, que se hallaban verdaderamente impotentes para atajar la situación, cuando no la toleraban o estaban involucrados en ella.

En el capítulo cuarto se examinan las relaciones comerciales entre Cartagena y el entorno caribeño, aspecto que, hasta el momento, no había sido abordado por la historiografía. Cartagena, en el periodo en cuestión, dependía totalmente del comercio con diversas áreas del Caribe para subsistir, pues sólo una mínima parte de las provisiones que la ciudad precisaba se producían en su *hinterland* o procedían del interior de la Nueva Granada. A su vez, multitud de áreas del Caribe,

desplazadas de las rutas oficiales, dependían de Cartagena para acceder a los productos del comercio trasatlántico, principalmente esclavos y géneros europeos. En los treinta y cinco años en que los registros de almojarifazgos le permiten reconstruir series, el autor contabilizó la entrada al puerto de 1620 embarcaciones procedentes de diversas regiones del Caribe, sin incluir el innumerable reguero de pataches y canoas que comercializaban sus pequeños cargamentos sin dejar huella en registros oficiales. Este intenso trajín da al traste con la idea de Cartagena como una ciudad que dormía la apacible siesta colonial en los intermedios de las irregulares arribadas de las flotas. Tomando la información con cautela, dadas las limitaciones de las fuentes, el autor afirma que las embarcaciones que llegaban por vía fluvial desde Santa Cruz de Mompós y Tenerife, comunicando la ciudad con el interior del Nuevo Reino, constituían un escaso 12% del movimiento comercial intrarregional.

Los dos últimos capítulos abordan la formación del territorio anexo a la ciudad y de la ciudad misma. Pero aquí se produce un cambio de enfoque: las relaciones económicas y comerciales dejan de considerarse los ejes definidores y pasan a ser un telón de fondo, sobre el cual tienen lugar las relaciones sociales, que determinarán el perfil social y cultural de la provincia y la ciudad.

El autor señala que las estrategias más comunes de resistencia al orden

colonial de las poblaciones indígenas fueron la huida y el mestizaje o ladinización, que acabó transformando a las culturas aborígenes en culturas campesinas. Frente a ello, el comportamiento de la población negra muestra un marcado contraste, expresado en el cimarronaje y la formación de palenques, que fueron una constante preocupación para las autoridades coloniales y condujeron a un costoso e interminable conflicto por el control del territorio. Los palenques -como producto de la sociedad colonial- reprodujeron una sociedad paralela que para subsistir necesitaba vincularse a la periferia de la economía colonial, mediante sistemáticos asaltos, robos y ataques a estancias y explotaciones agropecuarias dispersas. Dada su incapacidad de eliminar por la fuerza los palenques, la actitud de las autoridades osciló entre la represión y la negociación. Es significativo que, al igual que en el caso del contrabando, nuevamente emergieran como características de esta sociedad la flexibilidad y la tolerancia frente al cumplimiento de la norma.

En definitiva, la mayor parte del territorio de la gobernación se organizó en múltiples focos de resistencia, al margen de las normas emanadas del orden colonial establecido por la élite urbana. Este contexto de relaciones sociales explica que en la provincia predominara un poblamiento espontáneo, disperso e itinerante, que prevalecieran relaciones económicas y comportamientos culturales no ortodoxos, que el autor encuentra difícil de encasillar en

categorías fijas; más que grupos bien definidos prevaleció una multiplicidad de mestizajes, situaciones imprecisas y formaciones culturales híbridas a las que engloba bajo la denominación de territorio fronterizo.

Yuxtapuesta a su entorno rural, Cartagena se dotó de todas las instituciones que correspondían a una ciudad de su importancia dentro del contexto colonial hispánico. Pero el crecimiento y la definición sociocultural fundamental de la ciudad se debió a la llegada masiva de población africana esclavizada, de modo que, a principios del siglo XVII, Cartagena era una ciudad habitada principalmente por negros y castas, mano de obra cuyo volumen crecía al ritmo del auge de los negocios.

Esto exacerbó el temor de los gobernantes y de la élite blanca frente a una posible sublevación de los esclavos y negros, creando un estado de tensión permanente. Frente a la crueldad del sistema esclavista, sin embargo, las condiciones de la vida urbana ampliaron el campo de negociación entre esclavos y amos, abriendo una mayor posibilidad de manumisiones y auto-compras, que ejercieron como válvula de escape. La ciudad ofrecía a aquellos que asimilaban los valores de la cultura occidental y fueran capaces de usar los resquicios de la ley, la posibilidad de ascenso social dentro de unos límites. Pese a todo, los negros y castas siguieron siendo segregados, confinados a los estratos más bajos de la

sociedad, lo que se reflejó también en una especie de segregación espacial: negros y mulatos se apropiaron física y socioculturalmente del arrabal de Getsemaní, un espacio marginal adyacente a la ciudad, donde elaboraron una cultura propia basada en una selección de elementos africanos integrados en un sustrato cultural hispánico. Así lo entendieron las autoridades, que afirmaban “que el barrio que llaman Getsemaní, es donde habita la gente más escandalosa de esta ciudad” (p. 274).

En el *haber* de este libro debe asentarse un esfuerzo por ofrecer una explicación compleja sobre el proceso histórico de la formación de la región caribeña; una explicación que, sin renunciar a los elementos cuantitativos, los trasciende y los incorpora en un ar-

gumento complejo sobre las relaciones económicas y sociales, y los aspectos culturales. En el *debe*, habría que señalar que la edición es poco cuidadosa con el aparato crítico, aunque esto afecta más cuestiones de forma que de fondo, pues incluye un ensayo bibliográfico en el que se revisan las fuentes y la bibliografía. En todo caso, debe valorarse como un trabajo enriquecedor en el contexto historiográfico, recomendable para docentes, investigadores, estudiantes y estudiosos, interesados en actualizar su conocimiento de la costa Caribe, la historia colonial y la historia regional.

**Ruth López Oseira**

Profesora Asistente  
de la Escuela de Historia de la  
Universidad Nacional de Colombia,  
Sede Medellín